

2 - Lunes

Un asesinato: 15,30

Son la tres y media de la tarde y Luis y Roque han terminado de comer en un restaurante frente al mar en Sagunto. Nada es comparable al color del Mediterráneo y ¿que mejor sitio para hablar de literatura que un lugar como este? Luis piensa en Blasco Ibáñez y Sónica la cortesana, esas murallas que los contemplan desde lo alto de la ciudad donde los saguntinos prefirieron inmolarse a rendirla a Anibal.

Luis Legal, Peeter Lester para sus lectores, sigue siendo, como fue en su juventud, un muchacho piernilargo 1,75 de altura y delgado, sus amigos lo tachan de triste y quizás lo sea. Gran observador acumula en su memoria cada historia que la vida le ha contado y que plasma en sus libros conocidos en medio mundo. Sus historias procura que sean como la vida, a ratos descarnadas y terribles pero con unos finales que normalmente llevan a la solución de los problemas y la felicidad posible de sus personajes. A veces comenta que a él no le gustan porque no son reales y en la vida es difícil un final feliz. Pero también afirma que, si a él le es complicado encontrar la felicidad, la quiere para sus personajes y que al vivirlos él también recibe una parte de esa felicidad.

Ahora esperan los dos, sentados en la terraza, que les traigan los cafés. Roque ya ha encendido su puro y mira, como extasiado el mar y las olas. En el mes de septiembre todavía hay muchos días de calor sofocante en el litoral mediterráneo. De pronto, y saliendo del sopor que le han producido el constante ir y venir de las olas le dice a Luis intentando aspirar su puro que, harto de esperar a que su dueño le haga caso, se ha apagado hace ya un rato.

-Me has dejado de piedra Luis, esto parece más de una de tus novelas que de la vida real. Al cabo de 30 años encontrar una nota de amor ¡Te envidio amigo mio! Que pocos hombre podrán contar algo así en sus vidas. ¿Entonces estás decidido a buscarla?

-¡Naturalmente!, -contesta Luis- aunque es difícil, no solamente el poder encontrarla, hay que tener en cuenta que no sé en que fecha ella pudo leer las cartas, ni en que fecha puso las suyas en mismo lugar del techo. ¡Y mucho menos que edad tenía cuando las leyó!

-¡Cierto cierto Luis! Te ayudaré en lo que pueda pero yo te aconsejaría que lo llevaras en secreto por varias razones, una es que tal como están los tiempos, si piensas escribir después sobre esto, si se han enterado los periodistas o los buscadores de algún tema para sus relatos, te encontrarás, en poco tiempo, decenas de artículos en los periódicos y en la editora les llegarán manuscritos con el tema que te lo habrán copiado 300 veces

como poco. Y la segunda es que si llegamos a descubrir a tu “bella desconocida”, a lo peor no le gusta esta publicidad. ¿No te parece?

-Si Roque, ya lo había pensado, aunque tú me acabas de mostrar más problemas de los que yo pensaba haber tenido en cuenta. Pero tengo una gran ventaja sobre el mundo y es que te tengo a ti amigo mio.

Roque, siendo amigo y compañero de Luis casi desde que nacieron, tiene una vida algo distinta. Él si encontró a su bella desconocida y fue feliz, al menos durante unos años, tuvieron dos hijos y una economía suficiente al ser policía. Todo se quebró hace 15 años cuando Silvia, su esposa, decidió que deseaba otro tipo de vida. Pasó una temporada deprimido y abandonó la policía. Aprovechando los contactos y amistades que tenía se hizo autónomo dedicándose a la investigación para las casas de seguros básicamente. Esto le daba la suficiente libertad para seguir siendo el representante y colaborador de Luis desde que empezó a escribir.

Roque sonríe y al darse cuenta de que por mucho que lo intente el humo no llega a sus pulmones decide encender el puro. Aspira con deleite y Luis lo mira acusador, él ha intentado que su amigo deje tan malsana afición, pero no ha podido aunque con cada cigarro le viene la imagen de su padre, se inclina hacia adelante y pone los codos en la mesa con la intención de que cualquier comentario que hagan solo lo oigan ellos, pero al ver que llega el camarero con los cafés se retira y comenta.

-Mi madre me decía que ella era borracha de café y yo, como buen hijo, estoy orgulloso de tener los mismos vicios que mi madre. No el de mi padre porque sabes que nunca he fumado y si quieres seguir leyendo y promocionando muchos libros míos con buena salud, lo dejarías aunque solo fuera por complacerme.

Roque sonríe, está acostumbrado a estas regañinas de su amigo, sabe que tiene razón y se promete hacerle caso pero otra vocecita interna le dice “no te mientas Roque” y cambiando de conversación pregunta.

-¿Tienes ya algo escrito sobre este nuevo libro o solamente es la idea general?

Roque toma su taza, sopla un poco por si está demasiado caliente y bebe el primer sorbo mientras mira a los ojos de Luis fijamente, y él sabe lo que significa, “estoy esperando la respuesta”. Su pelo, ya blanco por la edad, se agita con los pequeños soplos del caliente viento de poniente que lucha con la tenue brisa del mar y a Luis le viene la imagen de aquel pequeño Roque con el que pasó toda su niñez y la juventud; más que amistad, fueron hermanos y aquellos años los recuerda como los más felices de su vida. Siempre han estado en contacto a pesar de la distancia y, desde que él como escritor y Roque como colaborador y representante han compartido, mas afición que trabajo por el mundo de la literatura.

-Tienes fama de no abandonar jamás Luis -le dice riendo y mostrando el puro entre los dedos- no conseguirás que abandone este vicio. Tienes razón, lo se, pero yo moriré con

un puro en la mano. Pero hablando de lo que ahora nos interesa. Con esta nueva idea ¿nos es abandonar un poco tu línea anterior?

-En realidad no es tanto Roque -le contesta-, yo lo que intento es adaptarme un poco porque verás que la gente cada vez lee menos y les cuesta más la lectura de una novela densa que les llevará varios días terminar y que quizás, antes de llegar al final, ha olvidado parte del principio que tiene que releer. Dicho de otra manera, hacer como Tolkien en “El señor de los anillos” o un clásico “Don Quijote”, con mi admiración para Tolkien y Cervantes. La excelente novela de “El señor de los anillos” es una historia única en la que se entrelazan otras, pero siempre tienen que ver con el viaje que realizan hacia el lugar que les permitirá destruir el anillo. El Quijote es también un viaje, pero cada historia es distinta, puede leerse tranquilamente y cada una tiene su propio prólogo y epílogo, respetando en todas a Don Quijote y al honorable Sancho Panza. Actualmente pienso que se prefieren historias más cortas y que no tengan nada que ver con la original. Que sean pequeñas posadas en una carretera que nos haga descansar de un camino, agradable pero largo. Teniendo en cuenta que es más complicado para el escritor porque has de idear varias historias mientras que si haces una larga, aunque la adornes con distintas situaciones, en realidad es una sola. Un amanecer es bello y grande, los ojos de una mujer hermosa son más pequeños pero igual de preciosos. Lo ideal, naturalmente, es mirar los ojos de una mujer hermosa durante un amanecer maravilloso. He ido acumulando bastantes historias y que cada una nos haga dudar, enternecer, irritar, estremecer... y necesito que tú me aconsejes cuales incluir o no.

-Estas como una cabra, Luis, eres un romántico desplazado en el tiempo. Pero te entiendo y creo que en una gran parte, tienes razón. ¡Vamos a por esas historias! ¿Dónde las encontrarás?

-En la vida Roque, en la vida. Mira ese camarero que viene a cambiarme el café porque se ha dado cuenta de que no lo he probado y se ha enfriado. Seguro que tendrá una interesante historia que contarnos si le preguntáramos. Y para demostrártelo te voy a dar un pequeño reproductor con unos cascos que tiene la declaración que me hizo hace seis meses un amigo mio. Lo grabe, ya verás el porqué, y el fin de la historia lo tengo en una carta que llevo en mi bolsillo y que no puedo abrirla hasta que me llegue una mala noticia. Precisamente esta historia es la que me ha llevado a este punto. Son relatos que no pueden perderse, demasiado cortos para editarlos, pero que muestran la vida igual y en muchos de ellos mejor, que una gran novela. Me he propuesto varias metas, una es que no sean únicamente imaginados, que les haya pasado al protagonista, familiar o amigo en algún momento. No me importa lo extrañas que sean porque lo que hoy es imposible, en un futuro próximo será real y ya ves que mucho, casi todo, lo que leíamos como pura imaginación, en la actualidad es de lo más corriente. Lo que alguien imagina, otra persona antes o después, lo llevará a cabo. Después, en el despacho, te contaré donde conseguí algunas de las historias de este futuro libro que si te digo el título que he

pensado para él entenderás lo que quiero mostrar en cada uno de los capítulos. Y también estarás conmigo en que, por desgracia, tienen mucho que ver con tu vida y con la mía. Espero que te guste **“El coleccionista de soledades”**. Lo que vas a oír ahora no tiene nada que ver con el libro. En todo caso sí que es uno de los motivos que me inspiraron el título porque mi amigo Ron es un ejemplo típico de estar casado y vivir eternamente solo. Esta es la última conversación que tuvimos poco antes de salir yo para aquí. Escúchale y luego comentamos.

Le alarga el reproductor y los cascos a Roque que se los pone y se relaja en la silla entornando los ojos para mejor escuchar la historia. Mientras Luis, con la nueva taza de café humeante en la mano, se relaja contemplando el maravilloso mar Mediterráneo, el Mare Nostrum de los Romanos.

Voz de Ron Firling -Grabado por Luis Lester en EE UU

-A ti no puedo contarte nada que no conozcas con respecto a mi vida en los últimos años.

Conoces muy bien que fue un verdadero infierno al que no le veía ningún tipo de solución. Mi mujer se transformó en un verdadero castigo y, lo peor de todo es que no sabía el porqué. Hiciera lo que hiciera estaba mal hecho, llegó a un punto en que se pasó ya a los insultos cuando no había nadie presente.

Me acusaba de no haber tenido hijos cuando ella, lamentablemente, cuando nos casamos estaba ya operada de un cáncer que la dejó sin la matriz. Era simplemente una excusa para poder atormentarme.

Por otro lado, fue abandonándose. Mientras estaba en casa la recorría como un animal enjaulado con sus ciento treinta quilos que había adquirido con sus comidas llenas de grasa.

Aunque estuviera en otra habitación, al darse cuenta de que yo estaba leyendo, viendo la televisión o entretenido de alguna manera, dejaba caer algún objeto para llamar mi atención y gritaba “¿Qué no sabes dejar las cosas en su sitio? ¡Inútil!” o cualquier otro insulto que se le ocurriera.

Lo curioso es que delante de todo el mundo sabía hacer muy bien su papel de mujer amante que ha de soportar la carga de un marido plagado con todos los defectos posibles.

El único descanso que tenía yo era cuando se marchaba a casa de alguna amiga, salían de compras o de visita a su hermana por unos días. No muchos, no fuera el caso que me acostumbrara y gozara demasiado con su ausencia. En las tertulias con sus amigas contaba y recontaba lo mal que lo pasaba conmigo, las ganas que tenía de que me marchara “al otro barrio” y poder gozar de la vida sin esa carga menuda y vieja. Luego,

entre risas, comentaba que me había hecho una póliza de seguros que le daría para hacer un viaje con su querida hermana. Y cuando le aconsejaban divorciarse o separarse, haciéndose la mártir decía “Soy demasiado buena, no puedo hacer otra cosa, está enfermo y me sentiría culpable”.

Y en esto, amigo Luis, tenía razón porque una de las pocas cosas que no sabes y que no quería contarte es que efectivamente me estoy muriendo. Hace tres años me dijo el médico que, con suerte, podría vivir dos años más, se equivocó porque ya ves que estoy vivo todavía, aunque noto que cada día que pasa mi cuerpo me indica que no le quedan ya días, todo lo mas horas.

¡No Luis! ¡No me digas nada! Me has dado tu palabra de que no me interrumpirías hasta que terminara de contarte todo y quiero que lo cumplas, es muy importante para mi.

He estado un año y medio sin llamar a nadie, alejado de todo el mundo y ahora, para la despedida he venido a verte a ti, mi mejor amigo. Vosotros estuvisteis conmigo cuando murió mi esposa, intentasteis al poco tiempo de su muerte, acompañarme, darme moral. Y yo os lo agradecía muchísimo, no sabéis cuanto, todos me animasteis a que fuera feliz a partir de ese momento, que viviera, pero no podía ser porque con mi mujer yo también morí.

Llegado a este punto quiero contarte algo del ultimo año que pasamos juntos mi mujer y yo, hasta aquella terrible desgracia.

Procuraré resumirlo lo más posible, sólo te contaré que mi tormento, el producido por ella y el interior que yo tenía con mi muerte inminente hacía que tuviera unos dolores enormes de cabeza, me temblaban las manos y cuando llegaba la noche era un momento terrible para mi. Privado del poco placer que me podía procurar la luz del día, entraba en la oscuridad como si cayera en un pozo sin fondo en el que mi cabeza con cada latido de mi enfermo corazón, aumentaba mi dolor.

¡No había solución! estaba ya resignado a pasarme el resto de mi vida de este modo en espera de la liberación que me llegaría en forma de muerte. Al fin y al cabo esta se produciría de un momento a otro, no dejaba de ser un sin sentido el embarcarse en un proceso de divorcio que, aparte de que estando ya jubilados nos llevaría a los dos a unos problemas económicos que no podría soportar, ¿cuanto tiempo mejoraría mi vida estando marcada por el fin tan cercano habiendo perdido una gran parte con la demanda?

Un punto de inflexión que aumentó todavía más mis dolores de cabeza fue el enterarme que mi esposa, sin decirme nada como era su costumbre, era cierto que me había contratado un seguro de vida. No era una cantidad grande, supongo que la que consideraba que le procuraría una ayuda para hacer el viaje que les comentaba al grupo de amigas, con su hermana y poco más. Teniendo en cuenta que solo podía pagar una cuota modesta porque, aunque las dos jubilaciones nos daban una cantidad muy aceptable para vivir, los enormes gastos de mi esposa con una colección de enfermedades

y dietas para adelgazar que podrían llenar una enciclopedia médica, tampoco podíamos hacer gastos extras. En esto he de aclarar que Ester no solamente era modesta en el gasto sino que llegaba, en algunos casos a la tacañería. No se si llegó a enterarse de mi enfermedad, no quise darle el placer de conocer mi fin próximo. Mis visitas al médico las justificaba con razones poco importantes de rutina y a ella tampoco le importó nunca mi salud.

Todo esto no hacía más que aumentar más mis dolores de cabeza, siempre pensando algún modo de poder tener algo de tranquilidad, alguna palabra amable, alguna caricia de las que ya hacía mucho tiempo no recordaba ni como eran. Todas estas sensaciones se fueron acumulando y llegó un momento en que no solamente era desprecio por mi mujer, tengo que confesarte que llegué a odiarla.

Y de este modo pasaba el tiempo hasta que un día se me ocurrió la idea de pensar en algún tipo de proyecto que me ilusionara, aunque no fuera para llevarlo a cabo. Simplemente pensarlo, ver su pros y sus contras, al ver una dificultad buscar la manera de resolverlo. Eso era algo que podía hacerlo mientras fingía que me estaba aburriendo en un sofá o simplemente paseando por la calle. No fue un trabajo fácil el encontrarlo pero en unos días di con uno que me hizo sonreír DECIDÍ MATAR A MI MUJER.

Por fin te veo sonreír Luis, es cierto, comencé a pensar de que modo podría matar a mi mujer sin que, el poco tiempo que me quedaba en este mundo, lo tuviera que pasar en la cárcel o en los juzgados. Y este entretenimiento me sirvió mucho más de lo que había pensado. Simplemente cuando la miraba y me imaginaba a mi mismo matándola de un ataque de risa o por el terrible método de las cosquillas, me hacía sonreír, cosa que a ella la ponía histérica porque veía que me lo estaba pasando bien. Y durante un tiempo me sirvió... hasta que encontré el modo de hacerlo. Era fácil, al principio me sorprendí a mi mismo diciéndome, Ron, ¿en que estás pensando? Este no eres tú. Y a continuación algún impropio de mi esposa aumentaba el odio y me hacía brillar con más fuerza una luz en mi cerebro que me decía ¡MÁTALA IDIOTA!

Y lo hice Luis. Yo maté a mi mujer. Ahora solo me queda el decirte que mi confesión te la dejo en este sobre. En él te pongo el método que emplee y te ruego que se lo entregues a la policía si lo crees conveniente. Lo que si te pido es que sea después de mi muerte. No podría soportar la vergüenza de ser detenido, de salir en los periódicos, de las miradas acusadoras, aunque supongo que una gran parte de ellas serán de envidia por no atreverse a hacerlo ellos. Yo mismo me he acusado y juzgado, mi veredicto ha sido culpable y mi sentencia sufrir cada día el haber dado muerte a una persona, por mucho que la odiara. No quiero que me digas nada, ni bueno ni malo, no quiero abrazos de despedida ni tan siquiera un apretón de manos. Lo mejor que puedes hacer es olvidar que Ron fue tu amigo y avergonzarte si alguien te lo recuerda. Has sido un gran amigo, todos lo habéis sido, pero el gran aprecio que te tengo te hace destacar y te ruego que, como te

he comentado, entregues mi confesión a la policía. Verás que hay algo más, pero eso es solamente para ti. ¡Olvídame!

Fin de la grabación

-Y este es el sobre que me dio -le dice Luis a Roque dejándolo sobre la mesa-. Como ves, Ron no ha muerto todavía. Ayer, cuando llegué al aeropuerto, me llamó uno de los amigos para decirme que había entrado de urgencias en el hospital y que se espera su muerte de un momento a otro. Lo siento mucho, es una gran persona y un gran amigo. Desde luego pienso cumplir estrictamente sus deseos.

-Me intriga como murió su esposa, -le comenta Roque mientras enciende otro de sus puros que él llama “de escuchador” porque los emplea para oír las historias de sus clientes- está claro que asesinada pero, ¿llegaron a acusar a alguien?

-No, barajaron la posibilidad de que se hubiera suicidado -y le aclara- conociendo como era la mujer de Ron era una cosa totalmente imposible, te lo aseguro, y al final llegaron a la conclusión de que al tomarse alguna de sus medicinas se había confundido, cosa que era imposible también porque ella era muy rigurosa con su medicación y nunca, en ningún caso, la tomaba fuera de su hora recomendada, en este caso siempre era con la cena, nunca se hubiera levantado a tomarse algo, y menos desconocido. Ocurrió estando Ron en el centro oncológico donde le realizan sus chequeos y lo someten a tratamiento, por lo que pasa normalmente dos o tres días. Lo llevó su cuñado, después de recogerlo en su casa y dejar en ella a su esposa para que su hermana no estuviera sola. Tengo que aclararte que su esposa pasaba de vez en cuando unos días en que le era muy doloroso andar o hacer cualquier trabajo. Pasó la noche bien con su hermana, y el día siguiente fue todo perfectamente normal. La muerte sucedió a la madrugada del siguiente por lo que Ron tuvo que llamar a un taxi para que lo recogiera del centro oncológico en cuanto le comunicaron que su esposa estaba grave y la habían llevado al hospital. La urgencia hizo que no pudiera terminar la revisión prevista saliendo unas horas antes de la que tenían programada. Cuando llegó al hospital, todavía estaba viva, falleció a los pocos minutos.

Cuando preguntaron a su hermana si había hecho algo diferente contestó que nada en absoluto. Que todo fue exactamente como todos los días. Inclusive mejor porque se encontraba mejor de los dolores y pudieron pasear un poco. La comida normal, la hizo su hermana, unas hamburguesas y de beber unas cervezas, tomaron dos cafés y se pusieron la televisión hasta la hora de merendar que les trajeron unos pasteles de un lugar cercano. La cena una ensalada y yogur, de bebida simplemente agua, vieron la televisión y por último se marcharon a la cama. Su mujer fue al baño, se puso un vaso de agua por si tenía sed por la noche y luego nada más hasta que de madrugada su hermana la holló gemir y comprobó que estaba muy enferma. Es pues de suponer que se levantó en algún momento de la noche para tomarse alguna medicina, aunque su hermana dijo que había dormido con ella y en la misma habitación, porque tienen dos camas separadas, y estaba

convencida de que en ningún momento se había levantado, tiene el sueño muy ligero y aseguraba que la hubiera oído. Cuando sintió que gemía y que no se levantaba, fue a llamarla a su cama y no consiguió despertarla. Estaba muy fría pero anegada en sudor e inmediatamente llamó a urgencias y mientras llegaban intentó calmarle la fiebre con algunos paños húmedos. Cuando llegaron todavía estaba viva y fue en el hospital donde murió a los pocos minutos de su llegada. He llegado a la conclusión de que Ron no está en sus cabales y supone que tiene la culpa de algo que ha pensado, pero que no ha hecho físicamente.

-Bueno pues Luis, ya me contarás como queda este asunto. De momento vamos a ceñirnos a buscar a la “bella desconocida”. Esta mañana, cuando me llamaste hice tres o cuatro llamadas y me parece que tengo trabajo para ti el resto de la semana. Toma esta lista -dice acercándole una hoja en la que habían tres nombres con teléfonos y direcciones- Uno es de la persona del Ayuntamiento que me ha facilitado el nombre del constructor de la finca y su dirección por si quieres consultar algo aparte. La otra es, la dirección y el teléfono del constructor y propietario de la finca, y la última es la dirección de una tienda que me han recomendado y que se conoce todo lo relativo al barrio y a sus gentes. Yo empezaría por el constructor. Mañana no necesito el coche y la dirección de este hombre, a pesar del tiempo que has estado fuera, se de sobra que la conoces y te alegrará el lugar ya que te recordará viejos tiempos. Ahora, vamos a mi despacho que tengo un montón de historias que leer y me vas añadiendo lo que creas interesante de cada una de ellas.